

Capítulo 1

Natalya Shonski tiró de los pantalones negros de cuero para acabar de ponérselos y se los abrochó a la altura de las caderas, ajustados al cuerpo. El cuero contribuía a evitar las heridas durante la batalla, y Natalya estaba segura de que esa noche tendría que enfrentarse a algún problema. Al ponerse la suave camisola de cuero, paseó la mirada por la habitación que había alquilado, un lugar meticulosamente limpio. La posada era pequeña pero llena de vivos colores; de sus paredes colgaban grandes tapices, y las colchas que decoraban las camas eran conjuntos de luminosos dibujos. Sus armas yacían alineadas con extremo cuidado sobre el bello tejido del edredón.

Comenzó a deslizar diversas armas en los compartimientos y presillas especialmente diseñados del pantalón. Estrellas arrojadizas de puntas cortantes como una navaja. Cuchillos de todo tipo y tamaño. En el cinturón había espacio para más armas y un arnés para el par de pistolas gemelas que metió limpiamente en sus respectivas fundas por debajo de las axilas. Se puso una blusa nueva de campesina y luego la chaqueta de piel de colores vivos que las mujeres de la región usaban para abrigarse y que a ella le permitía ocultar su arsenal.

La larga falda no sólo ocultaba los pantalones de cuero sino, además, le servía para mezclarse con la población local. Había elegido una falda de colores brillantes en lugar de la prenda negra y austera

que a menudo vestían las mujeres mayores, y llevaba el pelo castaño oscuro recogido con un pañuelo para pasar aún más inadvertida.

Satisfecha con su aspecto de habitante local, introdujo dos palillos de Arnis en las presillas gastadas de su mochila y abrió las puertas del balcón. Había elegido deliberadamente una habitación en la segunda planta. Sus incontables enemigos no podrían acercarse sin ser vistos y a ella le resultaría fácil escapar saltando a la calle, más abajo, o escalando hasta el tejado.

Apoyó las manos en la barandilla del balcón y se inclinó para echar una mirada al paisaje. La pequeña aldea estaba alojada a los pies de uno de los enormes y escarpados picos que conforman los formidables montes Cárpatos. Por los cerros verdes y ondulantes se extendían numerosas granjas pequeñas. Montones de heno salpicaban los prados que ascendían por el monte hasta el límite del bosque. Por encima de la frondosa arboleda se alzaban las cumbres rocosas y su brillante superficie nevada. Observando aquellas cabañas sencillas y el rústico modo de vida, Natalya tenía la sensación de haber retrocedido en el tiempo y, sin embargo, también se sentía como si hubiera vuelto a casa. Y eso era verdaderamente insólito, puesto que Natalya Shonski no tenía un lugar que pudiera llamar casa.

Lanzó un suspiro y cerró los ojos por un momento. Más que cualquier otra cosa en la vida, lo que envidiaba de aquella gente era la familia. Las risas y los niños y el amor que iluminaba sus miradas y sus rostros. Añoraba pertenecer a algún sitio. Que alguien tuviera necesidad de ella. Que una sola persona la estimara. Ser capaz de actuar como lo que verdaderamente era, compartir una conversación de verdad...

Palpó las estrías de la barandilla con la yema de los dedos y se dio cuenta de que frotaba la madera lustrosa, siguiendo las estrías como si las acariciara. Se sorprendió al examinar las marcas en la dura madera. Era como si un ave grande hubiera hincado las garras en ella, aunque las marcas fueran antiguas y los dueños mantuvieran pulidas las elaboradas tallas de madera.

Inhaló el aire fresco de la noche y miró hacia lo alto de la montaña. En algún lugar allá arriba estaba su objetivo. Ignoraba qué la

había conducido hasta ese punto concreto de la geografía, pero confiaba en su intuición. Tenía que escalar hasta la cumbre y encontrar aquello que la obsesionaba y que permanecía obsesivamente presente en su pensamiento. Una niebla espesa cubría la cumbre y la envolvía como un manto impenetrable. Quizá la nube fuera producto de la condensación natural, o quizá fuera una advertencia sobrenatural, pero aquello le daba igual. No tenía otra opción que escalar el monte, porque aquella compulsión era demasiado intensa para ignorarla.

Miró por última vez aquel torbellino blanco de niebla y volvió a entrar en su habitación. No tenía sentido seguir aplazándolo. Había dedicado la última semana a mezclarse con la gente de la aldea, a trabar amistad con unas cuantas mujeres y a familiarizarse con el terreno. Aunque llevaba la vida de una solitaria, había descubierto que necesitaba la compañía de los humanos. Disfrutaba del tiempo compartido con las mujeres de la aldea, lo cual le permitía recoger de ellas abundante información. Sin embargo, le entristecía no poder ir más allá de lo superficial. La suya era una vida solitaria, a pesar de su permanente añoranza de pertenecer a algún lugar, o dejar que otros, quizás alguien como la dueña de la posada, Slavica Ostojic, supiera qué y quién era. Sería todo un lujo hablar sinceramente con alguien que estimara de verdad.

El pasillo y la escalera eran estrechos, y ésta conducía a la sala de estar de la planta baja. La sala daba al comedor por un extremo, y a un bar, por el otro. Muchos habitantes locales se reunían por la noche y bebían cerveza y alternaban unos con otros después de una dura jornada de trabajo. Saludó de lejos a dos o tres personas que reconoció y barrió instintivamente las dos salas con la mirada, fijándose en las salidas, en las ventanas y, sobre todo, en las caras nuevas. Un grupo de hombres sentados a una mesa dirigió sus miradas hacia ella. Ella escrutó aquellos rostros marcados por las arrugas, las sonrisas amistosas y las miradas de reconocimiento y las guardó en su memoria por si acaso volviera a toparse con ellas.

Un par de ojos parpadearon mientras la miraban, lo cual detuvo su barrido visual. Fue una inspección breve pero exhaustiva. Él la observaba a ella de la misma manera que ella lo miraba a él. Era evi-



dente que él se había percatado de la mochila, de los palillos de Arnis y del bastón tallado que llevaba. Natalya se giró y miró a la dueña de la posada con una ligera sonrisa, feliz de encontrar una salida airosa. Si había alguien observándola, ella no quería que supiera qué planes tenía.

—Slavica —dijo, y estrechó las manos de la dueña entre las suyas—. Debo agradecerte la cena, ha sido excelente. —Habla en inglés porque Slavica siempre procuraba perfeccionar sus habilidades lingüísticas. Natalya la llevó deliberadamente a un rincón más recluso de la sala, donde oídos ajenos no podrían oír su conversación—. Quería decirte que esta noche tengo la intención de escalar la montaña, y que a menudo me ausento durante varios días cuando salgo a explorar, así que no te preocupes por mí. Ya volveré. Espera al menos una semana antes de que te entre el pánico.

Slavica sacudió la cabeza.

—El sol ya se ha puesto, Natalya. Aquí en la montaña y en el bosque a veces hay... —dijo Slavica, y vaciló, buscando la palabra adecuada— cierta agitación. Es preferible que salgas a explorar durante el día, cuando brilla el sol y hay gente cerca de ti. —Cruzó una mirada con su marido al otro lado de la sala y le sonrió.

Natalya sintió enseguida una punzada de envidia. Le fascinaba observar a la dueña de la posada con su marido, Mirko, y con su hija, Angelina. El amor que se demostraban mutuamente siempre se adivinaba en las breves miradas que intercambiaban y en su manera de tocarse y rozarse cuando trabajaban juntos.

—He salido todas las noches y nunca has dicho nada —le recordó Natalya—. Y casi todas las veces ha sido después de la puesta del sol.

Slavica la miró con un amago de sonrisa.

—Esta noche siento que hay algo diferente. Sé que pensarás que soy supersticiosa, pero esta noche hay algo que no está bien, y será mejor que te quedes aquí con nosotros —dijo, dándole unas palmaditas en el brazo—. Hay muchas cosas que hacer aquí. Mirko jugará a ajedrez contigo, es bastante bueno. O yo te enseñaré más cosas acerca de las hierbas de la región y te diré cómo utilizarlas para sanar distintos males. —Slavica era enfermera profesional y bastante co-



nocida por su habilidad como sanadora en todo el distrito. Conocía las plantas medicinales y sabía emplearlas. Era un tema que fascinaba a Natalya, que disfrutaba compartiendo su tiempo con ella y aprendiendo de sus conocimientos.

Natalya negó con un gesto, a pesar de que lo lamentaba en el fondo del corazón. Slavica era una de esas mujeres que despertaba en ella el deseo de pertenecer a una familia y a una comunidad.

—Te lo agradezco, Slavica, pero tengo protección —afirmó, y buscó la cruz que colgaba de una delgada cadena de plata y que llevaba oculta debajo de la blusa—. Agradezco tu preocupación, pero estaré bien.

Slavica iba a protestar, pero se detuvo y apretó con fuerza los labios. Se limitó a sacudir la cabeza.

—Sé lo que me hago —le aseguró Natalya—. Saldré por la cocina, si no te importa. Tengo comida y agua para varios días, y volveré a mediados de la próxima semana, o quizás antes.

Slavica la acompañó mientras cruzaban el comedor. Natalya alcanzó a mirar una vez más hacia el hombre que conversaba con Mirko, sentado a la barra. El hombre parecía absorto en la conversación, pero Natalya no confiaba en él. Había demostrado cierto interés por ella, pero no el tipo de interés que muestra un hombre por una mujer. No sabía qué era, pero no iba a correr ningún riesgo. Señaló al hombre con un leve gesto de la cabeza.

—¿Quién es ése? No lo he visto por aquí antes.

—Pasa a menudo por aquí en viaje de negocios —dijo Slavica, y la expresión de su rostro no añadió gran cosa—. Es un hombre muy tranquilo y no sé a qué se dedica.

—¿Está casado?

La dueña de la posada la miró, alarmada.

—Ese hombre no es para ti, Natalya. Es bienvenido en esta casa, como todos los viajeros, pero no es para ti.

Natalya no se atrevió a volver a mirar en aquella dirección. El hombre era demasiado observador, y ella no quería llamar su atención. Cruzó el comedor y entró en la pequeña cocina. Ahí estaban los quesos de oveja de siempre y las cestas llenas de patatas.

—No te preocupes. No voy por ahí buscando un hombre.

—He visto la añoranza en tus ojos cuando miras a los niños. Y cuando miras a las parejas casadas —dijo Slavica, con voz pausada—. Se ve que deseas tener tu propia familia.

Natalya se encogió de hombros como si no quisiera prestarle atención, y evitó la mirada de Slavica. No quería ver en ella la compasión de siempre. ¿Era tan evidente su deseo? ¿Cuándo se había vuelto tan difícil ocultar sus sentimientos bajo esa actitud indolente que cultivaba con tanto afán?

—Me agrada viajar, y no me gustaría atarme. —Era una mentira descarada y, por primera vez en su vida, Natalya supo que se había delatado.

—Es natural desear una familia y un hombre para ti sola. Yo tuve que esperar para encontrar al adecuado —dijo Slavica, a modo de consuelo—. Incluso cuando mis padres y vecinos creían que era demasiado mayor y que nunca lo encontraría, pensé que era preferible esperar en lugar de cometer un error y atarme a alguien con quien no quería compartir mi vida. Esperé a Mirko, y resultó ser la decisión correcta. Tenemos una hija preciosa y esta posada, y con eso nos basta. Somos felices. ¿Me entiendes, Natalya? No te entregues a un hombre cualquiera sólo porque creas que se te acaba el tiempo.

Natalya asintió con una expresión grave en la mirada.

—Entiendo, y estoy totalmente de acuerdo. No estoy desesperada por encontrar un hombre, te lo aseguro. Te veré pronto. —Abrió la puerta de la cocina, se despidió con un saludo alegre hacia Slavica, que la miraba frunciendo el ceño, y salió a la noche oscura.

Comparado con el calor de la posada, notó el aire frío, pero ella estaba preparada. Echó a andar con paso enérgico y enfiló por el estrecho camino en dirección al sendero que subía hacia el monte. A su lado pasó un carro tirado por un caballo y pidió que la llevaran. El campesino vaciló y luego se detuvo. Natalya se recogió la falda y echó a correr para alcanzarlo antes de que el hombre cambiara de parecer. La mayoría de los habitantes locales se desplazaban en carros tirados por caballos en lugar de usar el coche. Eran vehículos sencillos, un carro tradicional con ruedas de neumáticos, tirados

por uno o dos caballos, y los campesinos los utilizaban para todo tipo de tareas, como transporte o para acarrear grandes montones de heno.

—Gracias, señor —dijo, mientras lanzaba su bastón dentro del carro y se encaramaba. Se instaló en la parte trasera para que no se sintiera más incómodo de lo que ya lo parecía por tener que llevar a una desconocida.

Pero para su sorpresa, le habló. La mayoría de los hombres casados y mayores se mostraban muy reservados con las jóvenes solteras.

—¿Qué hace aquí fuera a estas horas? —inquirió—. El sol ya se ha puesto —dijo, y miró con gesto nervioso a su alrededor.

—Sí, así es —dijo ella, evitando responder a la pregunta—. Usted también anda fuera a estas horas de la noche.

—No está bien —dijo él—. Esta noche, no. —Hablaba en voz muy baja, pero la inquietud en su voz era palpable—. Sería mejor que deje que mi mujer y yo le demos alojamiento esta noche. O podría llevarla a la posada. —El hombre miraba la luna y las nubes que se arremolinaban a su alrededor, tapando parcialmente su luz, y era evidente que no deseaba volver sobre sus pasos. Con un tirón de las riendas obligó al caballo a un tranco más presuroso.

Natalya alzó la mirada al cielo y vio los torbellinos de nubes que habían aparecido en cuestión de minutos. La espesa niebla que coronaba la montaña se extendió como unos huesudos dedos, subiendo hacia la luna y descendiendo sobre el bosque de los faldeos. Un relámpago resaltó los contornos de la niebla con su arco eléctrico dorado. En la distancia retumbaban los truenos, que se concentraban sobre todo en la montaña.

Deslizó la mano dentro de su abrigo de piel y palpó la culata de su arma.

—El tiempo ha cambiado de pronto esta noche —dijo. *Y aquello no era natural.*

—Así ocurre en la montaña —dijo el campesino, urgiendo al caballo con chasquidos de la lengua—. Es preferible ponerse a cubierto hasta que la cosa se calme.

Natalya no contestó. Tenía que llegar a lo alto de la montaña. ¿Era posible que algún espía hubiera alertado a sus enemigos? ¿Acaso la esperaban? Volvió su atención al paisaje que pasaba velozmente. ¿Algo se movía entre las sombras? Si eso era lo que ocurría, tendría que desviar los problemas y alejarlos del campesino. Habían dejado atrás hacía rato las afueras de la aldea y ahora seguían por los cerros ondulantes, donde las granjas moteaban el paisaje.

Se mantenía alerta, esperando señales de un ataque inminente, con los sentidos orientados hacia la noche, buscando información. Aspiró y llenó los pulmones del aire nocturno, procurando interpretar las historias que le traía el viento. El viento traía el hedor del mal, el susurro de un movimiento en el bosque, el olor de los lobos, inquietos, a la luz de la luna... Alzó el mentón. Que ocurriera lo que tuviera que ocurrir. Ella no iba en busca de enfrentamientos. En realidad, siempre era la primera en apartarse, pero ya estaba cansada de ser perseguida, de mirar hacia atrás en cada momento del día. Si ellos querían luchar, venía preparada, porque esta vez no tenía la menor intención de dar marcha atrás.

El campesino condujo la carreta por un camino estrecho. El caballo aminoró la marcha para realizar el brusco giro y Natalya saltó a tierra y se despidió de él haciéndole señas antes de alejarse a toda prisa. Él la llamó, pero ella siguió caminando, decidida, ascendiendo por el camino que conducía al bosque.

En cuanto tuvo la seguridad de que el hombre ya no la veía, se quitó la falda y la blusa de vivos colores, las dobló junto con el pañuelo y lo guardó todo en la mochila. Colocó los dos palillos de Arnis en sendas presillas en la parte de atrás del cinturón para tener más fácil acceso. Todo su talante cambió en cuanto echó mano de su bastón de siempre. Caminaba con una seguridad singular, avanzando entre los montones de heno hasta que dejó atrás las granjas. Un camino se alejaba cerro arriba; se trataba de un sendero para cabras, no para seres humanos, pero ella lo cogió porque era la manera más directa.

Cruzó un campo cubierto de flores alpestres y avanzó por la hierba crecida hacia la falda boscosa del monte. La luna estaba casi

totalmente oculta por las nubes que se oscurecían, y cuanto más se acercaba al bosque, más fuerte retumbaban los truenos. Las flores y la hierba cedieron el paso a arbustos y matorrales. Unas rocas enormes salpicaban la ladera y, entre las grietas, unas cuantas flores tenaces habían conseguido crecer. Los árboles eran pequeños y escuálidos, pero después de cruzar otros dos barrancos, la vegetación cambió completamente y las plantas y los árboles se volvieron más altos y robustos.

Natalya había estudiado los montes Cárpatos. Sabía que aquella cadena montañosa era uno de los santuarios más grandes de Europa para animales carnívoros, que abundaban los osos pardos, los lobos y los linces. Los Cárpatos se extendían a lo largo de siete países de Europa del Este y sus densos bosques eran uno de los últimos refugios que quedaban en el continente para especies de aves prácticamente extinguidas y para grandes predadores. Aunque también era el territorio donde vivían millones de personas, los montes Cárpatos contaban con enormes extensiones de tierras que seguían siendo completamente salvajes y peligrosas.

Se detuvo a examinar el prístino bosque a su alrededor. Aquella zona recibía el doble de lluvias que las regiones circundantes y los asombrosos bosques y verdes montañas eran una muestra del enorme caudal de agua que iba a alimentar los sistemas fluviales de los valles. Los vivos matices del verde la atraían hacia el fondo del bosque como si aquello fuera parte de la obsesión. ¿Cómo se explicaba que conociera aquel lugar? ¿Cómo había soñado con él? ¿Cómo sabía que siguiendo el sendero a su izquierda, que no era más que un paso para ciervos, llegaría a las profundidades del interior? ¿Y que luego encontraría el sendero desdibujado que la llevaría hasta lo alto de la montaña, hasta los torbellinos de niebla donde poca gente se aventuraba?

Caminaba a paso rápido por el sendero, avanzando con un ligero trote que le permitía atajar entre los arbustos con facilidad. Tenía que llegar a lo alto de la montaña y encontrar las cuevas antes de que saliera el sol.

El bosque se volvía más denso, las plantas más exóticas y exuberantes a medida que ascendía a través de la espesura aparentemente

impenetrable. Las ramas entrelazadas que se balanceaban sobre su cabeza tapaban la luz de la luna. Natalya no tenía problemas para ver dónde pisaba. Además de su excelente visión nocturna, siempre había poseído un sentido de la orientación que, a la manera de un radar, le permitía evitar los obstáculos.

Se movía por el bosque velozmente, pero con una cautela instintiva, con todos los sentidos alertas, consciente de hasta el más mínimo roce, del silencio de los insectos y de los olores más sutiles que pudieran indicarle que no estaba sola.

De pronto se le secó la boca y se le aceleró el ritmo cardiaco. El pelo de la nuca se le erizó, un aviso que la inquietó. Alguien la seguía.

A sus espaldas, unas sombras se deslizaban entre los árboles como si quisieran rodearla. Natalya siguió avanzando al mismo paso regular y enérgico. Mientras trotaba, desplazó la mano por su bastón hasta palpar las estrías en la punta que le eran familiares cuando se preparaba para la lucha.

El primer lobo saltó de pronto en medio de la espesura mientras cruzaba un arroyo pequeño. No se detuvo en su carrera, y se enfrentó a la bestia blandiendo el grueso bastón con un movimiento bien aprendido. El crujido se oyó con claridad. El lobo lanzó un aullido y dio un salto atrás, mientras Natalya pasó, rauda. Se giró al tiempo que desenvainaba la espada del interior del bastón y lanzaba la engañosa vaina a un lado para enfrentarse al lobo.

—Si quieres luchar conmigo, hermano, adelante. Tengo que seguir mi camino y tú me obligas a demorarme. —Murmuró aquellas palabras en voz alta mientras avanzaba hacia el animal, situándose deliberadamente en la corriente de viento que llevaría su olor al resto de la manada.

El lobo olisqueó el aire y retrocedió, como respondiendo a una repentina cautela. Los otros miembros de la manada se arremolinaron en torno a ella, confundidos. Natalya emitió un gruñido sordo, como la advertencia de una bestia salvaje y peligrosa. Sus ojos verdes viraron a un azul intenso, y se volvieron casi opacos cuando enseñó los colmillos a la manada. Su pelo cobró un tinte oscuro y naranja

eléctrico, casi rojo. Los lobos se dispersaron y se alejaron de ella. Sólo la hembra alfa miró atrás y soltó un gruñido descontento ante la presencia de aquel olor desconocido. Natalya respondió con un silbido de advertencia y la hembra arrancó siguiendo a la manada.

—Sí, así está mejor —murmuró, cuando los vio alejarse, y volvió a enfundar la espada. Esperó hasta estar segura de que los lobos se habían ido antes de seguir la ascensión, avanzando hacia su objetivo sin descanso.

Pasó por encima de un árbol caído cubierto de musgo y helechos y se detuvo bruscamente al ver que un hombre aparecía de pronto desde detrás de un árbol un poco más adelante. Era un hombre alto y pelo oscuro, muy atractivo, hombros anchos y una sonrisa deslumbrante. Ella barrió las cercanías con todos los sentidos alertas. Aquel hombre no estaba solo, de eso estaba segura.

Natalya dejó la mochila en el suelo y le sonrió.

—Te esperaba hace ya una buena hora.

Él respondió con una venia.

—Entonces lamento llegar tarde, señora. He venido hasta aquí preparando tu llegada —dijo, y abrió los brazos con un gesto que abarcaba la zona que los rodeaba.

—No era necesario que vistieras tus mejores ropas —dijo Natalya—, aunque si fuera al contrario sería más bien desagradable.

Por el semblante del hombre cruzó una expresión de ira que se desvaneció enseguida, dejando sólo su sonrisa. Sus dientes no eran tan blancos y parecían agudos y afilados.

—Por favor, deja tu bastón.

—¿Crees que te voy a poner las cosas fáciles? La verdad es que no estoy contenta contigo, Freddie boy.

Esta vez, la expresión de ira no se borró. En sus dientes aparecieron unas manchas pardas.

—No soy Freddie. ¿Quién es Freddie? Yo me llamo Henrik.

—Veo que no te enteras demasiado. ¿Nunca has ido al cine por la noche? Freddie es una estrella bastante conocida. Un asesino en serie muy perverso, parecido a ti. En realidad, no me importa cómo te llames. Lo que me importa es que insistes en seguirme, y ya estoy

harta, maldita sea. Así que, venga, Freddie boy, acabemos de una vez.

Henrik emitió un prolongado silbido de ira.

—Te enseñaré a mostrar más respeto.

Sin molestarse en responder, Natalya se lanzó al ataque, desenvainando mientras saltaba hacia él. La espada cortó el aire cuando lanzó el primer golpe al cuello.

Henrik se disolvió como una nube de vapor que se alejó de ella con el viento, al tiempo que en el bosque resonaba el eco de un chillido rabioso. Reapareció para enfrentarla a varios metros de distancia. Su pelo negro había desaparecido, y en su lugar sólo había unas mechass blancas e hirsutas.

—Tendría que haber sabido que no tenías agallas. Se supone que los vampiros son malvados, pero en realidad sois todos unas pobres criaturas. Dijiste que querías luchar. —Natalya no cesaba de provocarlo—. Tengo cosas de que ocuparme esta noche. No tengo tiempo para entretenerme en juegos contigo.

—Has ido demasiado lejos. No me importan las órdenes. Voy a matarte —sentenció el vampiro con un gruñido.

Ella le respondió con una mueca burlona y un breve saludo.

—Me alegra ver que puedes pensar por tus propios medios. Creía que tu amo el titiritero te había entrenado demasiado bien como para dotarte de la capacidad de pensar.

La rama por encima de su cabeza crujió y, al desprenderse, se abalanzó sobre ella como un misil. Natalya dio un salto hacia adelante y pasó a la ofensiva con la espada apuntando directamente al pecho de Henrik. La rama se estrelló en el suelo justo donde ella había estado.

El vampiro paró la estocada con un golpe de brazo. Era sumamente fuerte y el choque despidió unas vibraciones violentas que a Natalya le recorrieron el brazo de arriba abajo. Por un momento, con el brazo entumecido, la dejó caer. Pero Natalya no se detuvo, dio un giro en medio de su salto y echó mano de las dos pistolas. Desenfundó y disparó rápidamente mientras se lanzaba hacia él. Dio en el blanco una y otra vez, obligándolo a recular y a alejarse de ella.

Henrik se sacudió con cada balazo, tambaleándose pero sin perder pie. Al llegar a una distancia de un brazo, Natalya enfundó una de las pistolas y sacó un puñal. Lo mantuvo pegado al cuerpo, apuntándolo hacia abajo cuando se le acercó.

Él intentó mutar de forma, y se abalanzó sobre ella con unos brazos que se contorsionaban y las manos transformadas en garras. Natalya le hundió el puñal en el pecho, hasta alcanzar el corazón, y enseguida dio un salto atrás para impedir que el chorro de sangre la salpicara. Sabía por experiencia propia que aquello quemaba como el ácido. También había aprendido que los vampiros volvían a levantarse una y otra vez.

Dio media vuelta y buscó la espada. El viento soplaba contra su rostro en un remolino de hojarasca y ramas. Unas alas revolotearon sobre su cabeza y del cielo aparecieron unas garras que cayeron en picado hacia sus ojos. Entonces se lanzó al suelo tras dar una voltereta en el aire y aterrizó con una rodilla en tierra y empuñando las dos pistolas, siguiendo el vuelo del enorme pajarraco, que ya se había disuelto, convertido en niebla. Las gotas vibraron en el aire y asumieron forma humana.

Ella esperó. Era imposible matar a un vampiro que no tenía forma. Henrik ya se estremecía, intentando arrancarse el puñal hundido en el corazón. Lanzó un débil aviso al recién llegado. Natalya suspiró cansinamente.

—¡Muere de una vez! Vamos, lo menos que podrías hacer es poner fin a tu propia miseria y que se acabe, ya.

—Buenas noches, Natalya. —Era una voz hipnótica, casi embrujadora.

—Vaya, pero si es mi viejo amigo Arturo —dijo ella, enfrentándose al vampiro con una sonrisa fingida—. Qué agradable volver a verte. Ha pasado mucho tiempo. —Con las armas en la mano, señaló hacia el vampiro que se retorcía—. Tu amigo el debilucho mete demasiado ruido. ¿Te importaría acabar con él para que podamos hablar sin la musiquilla de fondo? Si hay algo que no soporto es un vampiro gimoteando. —Seguía deliberadamente provocando a Henrik, sabiendo que cuanto más iracundo se volvía un vampiro, más errores cometía en la batalla.

—Por lo visto, no has cambiado demasiado.



—Me he vuelto más mala —dijo ella, encogiéndose de hombros y sonriendo al recién llegado—. Ya no tengo la tolerancia de antes con bichos como vosotros.

Arturo miró hacia el vampiro que se desangraba y no paraba de arañar la tierra.

—Ya lo he observado. Es verdad que mete demasiado ruido —dijo. Se acercó a su compañero, le arrancó el puñal del corazón y lo lanzó a un lado. Le dio una patada con desprecio no disimulado y dijo—: Levántate, Henrik.

Éste consiguió levantarse hasta ponerse de pie. Chillaba y emitía ruidos sibilantes, y la sangre y la baba le bañaban la cara.

—Te mataré —ladró, mirando con odio a Natalya.

—Calla de una vez —respondió ella—. Te estás volviendo muy repetitivo.

—Esta vez no escaparás —dijo Arturo—. No puedes contra Henrik, contra mí y contra los lobos. ¿Los oyes? Ya vienen de camino para ayudarnos.

—Siempre le quitáis al combate todo su atractivo, porque no sabéis luchar limpio —se quejó Natalya—. Tampoco tenéis sentido del honor.

Arturo le sonrió enseñando sus dientes blancos y perfectos.

—Al fin y al cabo, Natalya, ¿qué es el sentido del honor? No vale nada.

En cuanto penetró en el bosque espeso, Vikirnoff Von Shrieder supo que ahí dentro había fuerzas maléficas. La advertencia le llegó a través del silencio del bosque, del temblor de la tierra y de los árboles que se encogían. No se movía ni una sola de las criaturas que lo habitaban. Aquello no tenía demasiada importancia. Él era un cazador y, como tal, esperaba que el peligro viniera a su encuentro. Era una existencia que él aceptaba y así había sido a lo largo de los siglos.

Dio un paso y se detuvo bruscamente cuando sintió que la hierba bajo sus pies se estremecía. Miró hacia abajo, casi esperando ver que las cañas se marchitarían. ¿Acaso era el bosque que se recogía



en sí mismo al entrar en contacto directo con él? ¿Habría percibido aquella oscuridad que lo seguía como una sombra a cada paso, cada vez que respiraba? Era muy posible que la naturaleza ya le hubiese dado el nombre de monstruo, o de vampiro, un macho carpatiano que había decidido renunciar deliberadamente a su alma con el fin de sentir el placer momentáneo del poder y la emoción que procuraba matar mientras se alimentaba.

¿Acaso no era una libre elección? Había tomado una decisión, y ya no sabía a ciencia cierta si el ente que habitaba en él era maligno o benigno. ¿Aquello existía? Aquel pensamiento tendría que haberlo afligido, pero no lo afligía. Era incapaz de sentir, y jugaba con la idea de que había dejado de ser un macho carpatiano de verdad, creyendo que el predador que habitaba en él había consumido hasta la última chispa que quedaba en su alma.

Cayó de rodillas y con las manos arañó las hojas y ramas que cubrían el suelo del bosque, hundió las manos en la tierra oscura y fértil, más abajo. Alzó la mirada hacia el cielo nocturno.

—*Susu* —murmuró, en voz alta—. He vuelto a casa. —Hablaban su lengua nativa con toda naturalidad, con el acento aún más marcado que de costumbre, como si el sólo hecho de encontrarse en los montes Cárpatos lo proyectase hacia atrás en el tiempo.

Después de tantos siglos de exilio sirviendo a su pueblo, Vikirnoff por fin había regresado a su tierra natal. Permaneció arrodillado y en absoluto silencio, esperando algo. Cualquier cosa. Una chispa de emoción, algún recuerdo. Esperaba que la tierra le trajera paz, le transmitiera serenidad, *algo*. Sin embargo, no había más que el mismo vacío desierto que encontraba con cada despertar.

Nada. No era capaz de experimentar ni el más mínimo sentimiento. Incluyó la cabeza y se apoyó en los talones, cansado, mientras miraba a su alrededor. Ignoraba qué era aquello que deseaba o necesitaba, pero no sentía ningún torrente de emociones, ningún alborozo. No sentía decepción, ni siquiera sentía desesperanza. El bosque tenía un aspecto triste y gris, un lugar donde lo esperaban sombras retorcidas y malignas. El ciclo infinito de su vida seguía siendo el mismo. Matar o perecer.

Ahora el hambre era acuciante, siempre presente, como un susurro suave y seductor en su pensamiento. La llamada del poder, de la salvación, aunque la reconociera como falsa, había ido cobrando más fuerza con cada despertar. Él había luchado sus batallas, demasiadas para contarlas, y acabado con antiguos amigos, hombres que había respetado y admirado, mientras contemplaba la decadencia de su pueblo. Y todo eso, ¿de qué servía?

—Dime de qué sirve —murmuró, hablándole a la noche—. Déjame comprender el absoluto desperdicio que es mi vida.

¿Se había alimentado esa noche? Intentó recordar el momento de su despertar, pero aquello le parecía un esfuerzo desmesurado. Ojalá no se hubiera cobrado una vida mientras se alimentaba. ¿Era así como comenzaba? No había una verdadera elección, sino una lenta indiferencia que se apoderaba de su mente, hasta que una muerte sucedía a otra. ¿Hasta que alimentarse se confundía con el matar y su indiferencia se convertía en el arma de su propia destrucción?

Miró hacia el sur, donde, según sabía, vivía el príncipe de su pueblo. El viento empezó a cobrar velocidad y fuerza, barriendo el bosque en dirección sur.

—El honor es una virtud condenable y puede que no dure una eternidad. —Vikirnoff murmuró aquellas palabras en un lento suspiro mientras se incorporaba cuan alto era, se echaba hacia atrás la larga cabellera y se la recogía a la altura de la nuca con una tira de cuero. ¿Aún conservaba el honor? Después de siglos luchando para cumplir su palabra, ¿era posible que la bestia que acechaba en su interior por fin lo hubiera consumido?

Las hojas de los árboles más cerca de él empezaron a temblar y las ramas oscilaron, alarmadas. Él era un macho carpatiano, miembro de una antigua raza que se hallaba al borde de la extinción. Tenían pocas mujeres, lo más importante para los machos y para la perpetuación de la vida. Como dos mitades del mismo todo, la oscuridad reinaba entre los machos mientras que entre las hembras habitaba la luz. Sin las mujeres que pudieran atarlos a la tierra, los machos sucumbían a sus demonios.

Vikirnoff coexistía con los humanos, convivía con ellos, inten-

tando conservar el honor y la disciplina en un mundo donde ya no distinguía los colores ni sentía ni la más mínima emoción. Después de doscientos años, sus sentimientos se habían ido desvaneciendo y, a lo largo de los siglos interminables, el oscuro predador que habitaba en él había crecido y se había fortalecido. Sólo lo sostenían unos vagos recuerdos de risas y del amor, y eso gracias al vínculo que mantenía con Nicolae, su hermano. Pero ahora ese vínculo también había desaparecido porque los separaba un océano.

Vikirnoff había vivido demasiado y se había vuelto demasiado peligroso. Su destreza como luchador era soberbia; se había fogueado y perfeccionado en demasiados encuentros con aquellos de su raza que habían escogido renunciar a sus almas para gozar de la ilusión momentánea del poder o, más probable y trágicamente, para gozar, durante un breve instante, de sentimientos. Se sentía como si se enfrentara solo a la tarea de exterminar a los suyos. Tantas muertes. Tantos amigos perdidos.

—¿Para qué? —preguntó en voz alta—. *¿Möeri?* —volvió a preguntar en su lengua materna.

Recurría deliberadamente a aquella antigua lengua que era la suya para recordarse a sí mismo su deber, las promesas hechas a su príncipe. Se había presentado como voluntario para ser enviado al mundo exterior. Era su decisión. Siempre su decisión. Una voluntad libre. Pero él ya no era libre. Estaba tan cerca de convertirse en aquello mismo que perseguía que le resultaba casi imposible distinguir entre lo uno y lo otro.

El suelo se sacudió suavemente bajo sus pies y los cielos nocturnos rugieron como lanzando una advertencia de mal agüero. En algún lugar, por delante de él, estaba su presa: una mujer de ojos azules que había perseguido desde el otro lado del océano. Pero entre esa mujer y él había un vampiro, o quizá más de uno.

Sacó la foto de su víctima de donde la guardaba, cerca del corazón. Él sólo veía en matices de gris, pero había sabido que los ojos de esa mujer eran azules como el mar y Nicolae le había dicho que su pelo era negro como la noche. Azul, como los lagos gélidos y casi olvidados de su tierra natal, como los diversos tonos de azul

en el cielo. Había creído —había esperado— que quizá el hecho de saber intuitivamente ese pequeño detalle significaba que perseguía a su compañera eterna. La otra mitad de su alma, la luz contra su oscuridad, la única mujer que podía restituir los colores perdidos y, sobre todo, su capacidad de volver a sentir emociones. De sentir *algo*, cualquier cosa. También esa esperanza se había desvanecido con el tiempo, convirtiendo el mundo en un lugar gris y hostil.

El aire estaba cargado de electricidad, y sus chasquidos y crujidos se confundían con el trueno que nacía. En el cielo se formaban nubes, enormes torres que se alzaban y agitaban hacia las alturas. Con el pulgar rozó, como en una caricia inconsciente, la foto de la mujer, un gesto que había repetido muchas veces en el pasado. Soñaba, claro está, con la perfecta compañera carpatiana. Una mujer con ese rostro, con esos ojos, una mujer que haría según su voluntad, que velaría por su felicidad así como él velaría por la de ella. La vida sería apacible y serena, llena de alegría y, sobre todo, de emociones. Deslizó la foto en el interior de su camisa, sobre su corazón, donde estaría protegida. Ni siquiera podía suspirar de tristeza. No sentía tristeza, ni desesperanza. Sólo un vacío interminable.

¡Tienes que parar! Las palabras surgieron de pronto en su mente, una comunicación telepática de insospechada claridad. *Tus emociones son tan increíblemente intensas que no consigo imaginar que no puedas reconocer que existen. Me estás destrozando, me desgarras el corazón. No puedo permitírmelo en estos momentos. ¡Controla tus emociones o vete al infierno y aléjate de mí!*

Aquella voz femenina se había apoderado de su mente, se había introducido en su cuerpo, invadido su corazón y sus pulmones, corría por su torrente sanguíneo con la fuerza devastadora de una tormenta de fuego. Durante casi dos mil años, Vikirnoff había vivido en las oscuras sombras sin sentir nada. Había vivido en un mundo brutalmente desierto e interminable sin deseo, ni rabia, ni afectos. Y en ese preciso momento, todo cambió. Su mente se convirtió repentinamente en un caos.

Los colores lo cegaron, fluyeron todos juntos en vívidos y deslumbrantes planos que sus ojos y su mente apenas conseguían asimi-

lar. Sintió que el vientre apretado que se le retorció y agitaba, y luchó para mantenerse alerta cuando el suelo bajo sus pies se hinchó y se sacudió. Una compuerta se abrió, y ahí donde antes no había nada, ahora estaba *todo*, una mezcla tumultuosa de todas las emociones, y su fuerza descomunal alimentaba aquel caos.

Los árboles más cerca de él se partieron en dos, y al caer a tierra provocaron un estrépito bronco que sacudió la tierra. Cerca de donde él estaba, una grieta se abrió en el suelo, seguida de otra más grande, y de una tercera. Las rocas se removieron y se combaron y otra hilera de árboles se abrió en dos y se vino al suelo.

El demonio que habitaba en él levantó la cabeza y rugió pidiendo ser liberado, rasgándolo por dentro con sus garras enormes, luchando por la libertad de abandonar el sentido del honor y partir en busca de la única cosa que le pertenecía únicamente a él. Su salvadora. O quizás ella fuera su perdición. Sus incisivos se alargaron y la sangre se le calentó hasta tal punto que temió que se inflamara.

¡Dios mío! Eres uno de ellos. El terror hizo que la voz le temblara.

Así como había compartido con ella su soledad, su dolor y su tristeza, también compartía su oscuridad y la terrible intensidad de las emociones que lo desbordaban. Ella sentía su acuciante necesidad de violencia. La febril sensación que procuraba la puesta a muerte. El apetito sexual, primitivo y bruto, que gobernaba su cuerpo y se mezclaba con la posesiva lujuria que lo impulsaba a reclamarla. Ella lo compartía todo con él, no sólo la euforia salvaje, sino cada una de las feroces necesidades y deseos que se prodigaban por todo su ser. Cada una de las preguntas de su vida, la necesidad creciente de cazar y matar. La locura de la bestia que se crecía en él y que luchaba por liberarse y desatarse con el único propósito de llegar hasta ella.

Sintió el miedo que lo sacudió como una ola enorme comparable al terror y, con la misma celeridad, aquello se convirtió en determinación. Las emociones eran tan fuertes que sintió un vuelco en el estómago. Tardó un momento en percatarse de que ella vertía en él todos sus sentimientos con un vigor que podía medirse con el suyo. Tocó la cuerda de la pasión femenina y descubrió el poder. Ella lucharía. Cercada como estaba, no tenía otra alternativa que luchar y

vencer. El miedo había desaparecido, el terror también. Ella derrotaría a cualquier cosa, a cualquiera que la atacara porque era la única alternativa que le quedaba para sobrevivir.

Vikirnoff se cerró para rechazarla y puso fin bruscamente al impulso de compartir aquella tormenta de emociones que lo embargaba. Buscó mentalmente un camino, un sendero que lo llevara de vuelta hasta la mujer. Ella le pertenecía. A nadie más. No a otro carpatiano, ni a los vampiros que encontraría en su camino. Ella era *suya*. Y él la tendría o muchos morirían, ya fueran humanos o carpatianos.

Respiró hondo para recuperarse, alzó lentamente la cabeza y miró a su alrededor. El bosque parecía ensancharse, crecer y lanzar destellos brillantes, incluso en la oscuridad de la noche, como si hubiera ingerido un potente alucinógeno. Por encima de su cabeza asomaron las nubes negras de la ira, con sus bordes resaltados por el blanco de los relámpagos candentes. Unos zarcillos retorcidos de niebla reptaron entre los árboles y se entretejieron a lo largo y ancho del suelo.

Vikirnoff permaneció quieto, dejando que su experiencia de cazador le enseñara el camino, en lugar de seguir los dictados de su mente hecha un caos. Esperó, mientras reflexionaba sobre ese frenesí de sensaciones, esperando que volviera la calma antes de emprender acción alguna.

Durante todo ese rato, se deleitó con el sonido de su voz. El sendero que conducía de vuelta a ella era sutil, casi demasiado sutil para seguirlo. Aquello lo desconcertaba. Aquella mujer era carpatiana y, a la vez, no lo era. Era humana y no lo era. Sintió el susurro del poder en su voz, la sutil presión cuando ella intentó forzar su obediencia. Volvió a respirar hondo, aspirando para llenar los pulmones de aire, pero sobre todo para encontrar el rastro de su esencia.